

# Los CoNteM poRa nEoS

"... y lavaré mis manos en la inocencia", dice el "Libro de los Salmos". Hoy parece más frecuente la costumbre de lavarse las manos con "el jabón que usan nueve de cada diez estrellas", y la inocencia,

## INOCENTADA

dicen, se ha perdido. ¿Dónde? Esta constatación la lei hace una docena de días, en la ocasión del famoso y aburrido Día de Inocentes, y en un par de sitios: "La inocencia se ha perdido". Me parece que estamos ante el exponente de un vasto, oscuro y antiguo complot, el complot de la inculpação. La idea de que todo hombre es inocente mientras no se demuestre su delito, ha ido transformándose hasta significar lo contrario en las sociedades represivas: todo hombre es culpable mientras no sea capaz de demostrar su inocencia. Y la inocencia es indemostrable porque no está: se ha perdido. ¿O la han robado? Un inmenso complejo de culpabilidad se extiende sobre nosotros o alcanza a cada individuo.

Un tratadista de derecho incluye el "desamor" en los orígenes del delito culposo. Barrilero atribuye la abundancia de lo culposo en nuestros contemporáneos al "gran desarrollo de la técnica, que pone muchas veces en manos de los hombres artefactos peligrosos y de complicado manejo". Ya está apuntado el automóvil. Es uno de los artefactos preferidos por el complot de la inculpação, y es porque es el mecanismo que más se usa. Cuando era patrimonio de pocos y selectos, se le describía como un instrumento maravilloso de gran provecho para la Humanidad; cuando la Humanidad comienza realmente a apoderarse de él, aparece como un instrumento de muerte y destrucción, de contaminación y hasta de imotencia (los embotellamientos).

Pero todo es más complejo, más antiguo. La idea de que la culpabilidad, el pecado, está en todo, hizo que varones aterrados se subieran a lo alto de columnas y no las abandonaran nunca, para separarse de la tierra culposa: los estilistas. Un sutil filósofo de la inmediata actualidad, el cantante Raphael, dice ahora por todas las emisoras: su problema está en que "pasó de la niñez a los asuntos", espan-

tosa frase, de forma que ahí se le fue la inocencia sin tiempo para haber disfrutado de ella. Asunto es algo que asume la vida, se acabó la infancia, y con ella, la inocencia. Porque, a

pesar de Freud —que asestó, con buen propósito, el golpe más rudo a la idea general de la inocencia— se sigue identificando infancia con inocencia.

Preo si no hubiera inocencia, no habría Raphael... Miro en torno mío y no veo más que inocentes. O Herodes. Es decir, lo que el doctor Alexis Comfort llama "fabricantes de ansiedad" en uno de los más esclarecedores libros —y, por lo tanto, escasamente divulgados— de nuestra época. La ansiedad que comporta la culpabilización es algo que se fabrica. Dice que las actitudes represivas y fundadas sobre el miedo están sólidamente concentradas en organizaciones institucionales que, ciertamente, no se proponen tal cosa; y, por lo tanto, al provocarla, fallan sus resultados. Aun cuando la denuncia de males tan evidentes —dice Comfort— como la enfermedad o el fascismo se proponga el bien público, si esta denuncia está fundada sobre la ansiedad, es neurótica, y "el bien práctico que puede hacer está aniquilado por el fin neurótico, al que sirve esencialmente". Quizá podríamos decir que el fin práctico no solamente se anula, sino que se contraproduce. Un conductor aterrado en la carretera por las continuas advertencias, admoniciones, inculpações colectivas, es un conductor neurotizado. No se le está ayudando a saber que puede ser más fuerte, más decisivo, más dominante que la máquina en que está metido; se le está dando la idea de que es un parásito de su motor y de sus ruedas. Es un conductor predispuerto para el accidente.

En la máquina general de la vida en que estamos metidos, todavía tenemos muchas capacidades de decisión, de enfrentamiento, de claridad de juicio. Recuperemos nuestra inocencia. No aceptemos la última trampa de Herodes —del fabricante de ansiedad—, que nos dice que es él el que posee la inocencia; no aceptemos la nueva confusión de la víctima con el culpable.

POZUELO



Anthony Russo sacó a la luz pública documentos secretos sobre las relaciones entre la RAND y el DOD.

## CIENCIA Y POLITICA LOS DEPOSITOS

Puede fijarse convencionalmente el final de la segunda guerra mundial como principio de lo que J. D. Bernal ha llamado la revolución científico-técnica. En efecto, nunca antes se había empleado tanto y tan profundamente la ciencia para renovar y perfeccionar las técnicas productivas como en el transcurso de dicha guerra, si bien con fines primordialmente bélicos. Tomó cuerpo así una transformación en las fuerzas productivas y, por consiguiente, en todo el proceso de producción de bienes materiales, que había venido gestándose aproximadamente desde principios del presente siglo. La transformación fundamental radica en el papel que la ciencia y los científicos vienen a ocupar en el proceso productivo, y que actúa a dos niveles diferentes:

a) Incide profundamente en dicho proceso productivo a través de los instrumentos de producción, las materias primas y la fuerza de trabajo, desarrollándolos y aumentando su productividad en un grado hasta ahora sin precedentes. Desde este punto de vista, el cambio, aunque importante, es, sobre todo, cuantitativo, ya que desde los inicios del capitalismo, la ciencia había influenciado sobre todos los instrumentos de producción, actuando así como fuerza productiva indirecta.

b) Hoy, la ciencia, además, sobre la base de la automatización, la organización, la optimización y el autocontrol de procesos, incide globalmente sobre el conjunto del proceso productivo, modificando su estructura, y en ese sentido, actuando como fuerza productiva directa. De ahí que haya sido esta característica la escogida por la mayoría de los autores que se han ocupado de este tema para sinte-

tizar brevemente la esencia de la revolución científica y técnica.

Estas transformaciones han exigido, naturalmente, otras complementarias en el terreno de la educación. El número de estudiantes en la Enseñanza Superior crece rápidamente en los últimos tiempos, con el fin de proporcionar los técnicos e investigadores necesarios, mientras que aumenta el número de obreros especializados y disminuye proporcionalmente la mano de obra sin cualificar. Naturalmente, estos fenómenos han de ser contemplados como tendencias anales de incompleto desarrollo capitalista, como el nuestro, pero típicos actualmente en los países occidentales más industrializados, empezando por los Estados Unidos.

Este sector de técnicos e investigadores altamente cualificados, que en otros tiempos eran una ínfima minoría, procedían y/o se identificaban con la clase poseedora, ejerciendo en general un papel de dirección y administración de las empresas, es sustituido hoy por un sector masivo de trabajadores intelectuales que, salvo excepciones, no ejercen ningún papel de dirección o control en las empresas, y que venden su fuerza de trabajo en el mercado, apareciendo en ese momento los fenómenos típicos de la salarización: competencia, ejército de parados, no acceso a los órganos de decisión, etcétera. Se constituyen, por consiguiente, en productores de plus valía. Esto no quiere decir que se identifiquen todavía a la clase obrera tradicional ni objetivamente, ni, sobre todo, subjetivamente, dada la inercia superestructural presente en dichos sectores y dada su procedencia de clase. (En general, puede decirse que el sector de los trabajadores intelectuales procede en su mayor